

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 8

CUARENTA Y NUEVE CARTAS (1955-1990)

Francisco Ayala y Damián Bayón

Edición, prólogo y notas de
Salvador Ariztondo Akarregi

La investigación que ha dado lugar a este libro contó con una ayuda del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y la Fundación Francisco Ayala.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2013

© Salvador Ariztondo Akarregi

© *De los textos de Damián Bayón*: Instituto de América de Santa Fe, Centro Damián Bayón

© *De los textos de Francisco Ayala*: Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala

© Universidad de Granada / Fundación Francisco Ayala

Cuarenta y nueve cartas (1955-1990)

ISBN: 978-84-338-5563-3

DL GR 1511-2013

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición: Publicaciones de la Diputación de Granada

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España / Printed in Spain

Fundación Francisco Ayala

Universidad de Granada

2013

Índice

<i>Francisco Ayala y Damián Bayón: diario de una relación personal</i> por Salvador Ariztondo	9
Nota editorial	41
CUARENTA Y NUEVE CARTAS (1955-1990)	43
TRES TEXTOS DE DAMIÁN BAYÓN SOBRE FRANCISCO AYALA	149
Tabla de cartas	169
Índice onomástico	173

Francisco Ayala y Damián Bayón: diario de una relación personal

FRANCISCO Ayala y Damián Bayón fueron dos intelectuales con múltiples facetas, algunas convergentes y otras no tanto, con cuatro nacionalidades, que vivieron en dos continentes sus distintas edades, exiliado cada uno a su manera, reunidos en encuentros intermitentes en Buenos Aires, Puerto Rico, Nueva York, París o Madrid y unidos en la distancia por las cartas, desde los años cincuenta a los noventa del siglo XX.

En palabras de Saúl Yurkievich en su edición de la correspondencia de Julio Cortázar, para este era sagrado el “pacto postal”, esto es, carta recibida, carta contestada; también lo era para Francisco Ayala y Damián Bayón, a la luz de las cartas entre ambos que se conservan, escritas entre 1955 y 1990. Además, en los dos se daba una excepcional disposición epistolar, que en el caso de Bayón se refleja en la voluminosa serie de correspondencia –enviada y recibida– de su archivo, depositado en el Instituto de América de Santa Fe (Granada); téngase en cuenta que Bayón solía guardar copia de sus cartas. Francisco Ayala también fue un activo corresponsal, como lo demuestran sus epistolarios ya publicados, con Max Aub o Camilo José Cela, o en prensa, con el filósofo José Ferrater Mora; no obstante, en su fondo documental apenas se conserva correspondencia recibida, pues Ayala no guardaba las cartas que recibía y solo muy excepcionalmente copiaba las que enviaba.

En esta relación epistolar que nos ocupa, también se produjeron incumplimientos puntuales del pacto postal; en ocasiones ambos, Ayala y Bayón, animan uno al otro a escribir,

Ayala de una manera más insistente. Como muestra, Ayala exhorta a Bayón: “Escriba, Damián, escriba fito, fito, sin concederse tan grandes márgenes e interlineados, y sobre todo sin permitirse tan largos lapsos de silencio. Haga sonar las teclas de su maquinilla en honor nuestro” (carta 24). Bayón, por su parte, también pide a Ayala en alguna ocasión que le escriba, como cuando lleva más de dos meses sin carta suya y él ya le ha escrito dos consecutivas, en un momento en que está trabajando sobre los magnates españoles en el reino de Nápoles, y le dice: “Pero escriba Ayala, escriba...”. Es un momento de silencio epistolar, entre noviembre de 1965 y marzo de 1966, en el que parece ser que hubo una carta de Ayala que se ha perdido. El de 1967 (no se conserva ninguna carta) no es real; de hecho, en una carta que Bayón le escribe desde París, el 14 de marzo de ese año, a Manuel Puig, le comenta: “Con Ayala estoy quedando como la mona. No le contesté a una cartita corta –como todas las suyas– que me escribió en enero” (ADB, A133/13).

Es incomprensible, a la luz de las escasas peticiones para cumplir ese pacto epistolar que hemos encontrado, que, en la correspondencia conservada, las tres primeras cartas sean de Ayala y a continuación las siguientes cinco de Bayón, o que las siete posteriores sean otra vez de Ayala; es decir, se produce una sucesión de cartas no contestadas y tampoco reclamadas. La explicación está en las cartas perdidas, aquellas que Bayón no ha conservado en su archivo. Si hacemos caso a los testimonios encontrados tanto en las cartas –Ayala y Bayón hacen mención de cartas pretéritas– como en el conjunto de la correspondencia del Archivo Damián Bayón –comentarios de Bayón a otros corresponsales, o de estos a Bayón sobre la carta que ha recibido de Ayala o la carta de Ayala que le llega en mano a través de la correspondencia de un amigo–, se ha podido documentar la pérdida de veintitrés

cartas, catorce de Ayala y nueve de Bayón, de tal manera que sumando las 49 cartas conservadas y las perdidas tendríamos 72, una diferencia considerable que, seguramente, fue aún mayor. Si se intercalan las cartas perdidas que se han podido documentar entre las conservadas, vemos que no hay más de dos cartas seguidas de uno sin contestar por el otro. Una de esas cartas perdidas cambia incluso el comienzo de la correspondencia entre ambos; a la carta más antigua que se conserva, escrita por Ayala en Río Piedras, le antecedió otra escrita por Bayón, tal como aclara Ayala al comienzo de la suya: “Aunque usted no lo crea, le estoy escribiendo a vuelta de correo. Si no le contesté a su carta pretérita fue porque realmente bastaba con cumplimentarla...” (carta 1). Si se insertan las cartas perdidas en la secuencia cronológica de las conservadas, nos acercamos al volumen total de las cartas entre ambos corresponsales, la correspondencia cobra sentido y se puede apreciar que el pacto postal que menciona Yurkievich funcionó entre Ayala y Bayón, de manera que la carta de uno sucede a la del otro, manteniendo la reciprocidad y un turno de cartas bastante estricto, si bien en el cómputo total hay tres cartas más de Ayala.

No es habitual que una amistad prevalezca al tiempo y a la distancia, pero así fue en el caso de Ayala y Bayón, a la luz de la cronología de las cartas y del poco tiempo que vivieron en el mismo lugar. El periodo que abarcan las cartas conservadas, 1955-1990, conoció también tiempos en blanco: en 1956, 1959 y 1962-1963 no hay rastro de la existencia de cartas; de 1967 solamente tenemos el testimonio de Bayón de una carta de Ayala que no había contestado y que hemos referido anteriormente. Tampoco entre 1969-1982 y 1982-1990; solamente hay sendas cartas en el último año de cada periodo, en 1982 y 1990, en ambos casos cartas de Ayala. Son las dos últimas de la correspondencia que se conservan.

Después de la última carta, escrita por Ayala el 30 de abril de 1990, tenemos el testimonio de dos cartas perdidas: una escrita por Ayala ese mismo año de 1990 y que José Guadalupe Victoria hace llegar a Bayón, como refiere en una carta de 6 de agosto, “¿Recibió usted la carta de Francisco Ayala que le envié?” (A087/15); no creemos que sea la misma que escribió Ayala en abril y que se conserva; habían pasado más de tres meses entre una y otra. En esta misma carta Ayala agradece a Bayón el envío del libro sobre el Greco y su dedicatoria, y añade: “... opto por dirigirte estas líneas al ‘remite’ del sobre en que me ha llegado, grata sorpresa, tu librito sobre el Greco...” (carta 49); no menciona ninguna carta, simplemente el sobre con el libro. Sin embargo, tres años después, en 1993, Bayón habla de una carta de Ayala alabando su primer volumen de *Memorias intermitentes*, titulado *Un príncipe en la azotea* (México, Joaquín Mortiz, 1993), en sendas cartas que escribe a Gloria Rodríguez, el 6 de enero de 1994 (ADB, A181/03), y a Aurora Díez-Canedo, el 28 de ese mismo mes y año (ADB, A182/08).

La frecuencia de las cartas hasta 1960 pudo ser anual, salvo en los dos años antes referidos de 1956 y 1959; de 1960 se han conservado diez cartas, que con las perdidas serían dieciséis; en 1961 baja mucho la frecuencia, tres conservadas y dos perdidas; en 1964 aumenta en algo la producción, seis conservadas y dos perdidas; al año siguiente, en 1965, otra vez aumenta la frecuencia, trece cartas conservadas y una perdida, el año de mayor número de cartas; en 1966 descienden otra vez, cuatro conservadas y dos perdidas. Probablemente la carta que le escribe Ayala a Bayón desde Chicago el 22 de enero de 1968, en demanda de señales de vida: “Nos hemos preguntado por usted muchísimas veces, y ya me extraña, de veras, tan largo silencio”, pudo dar un nuevo impulso al intercambio de cartas, y ese año aumentan

notablemente: nueve conservadas y dos perdidas. 1968 también es el año en el que Bayón está trabajando en el libro sobre el Greco; sus consultas son constantes; le conceden la beca Guggenheim, viaja a Nueva York y visita a los Ayala, tres aspectos que animaron la relación epistolar. El silencio que se produce a partir del otoño de 1968 es largo, son catorce años sin cartas conservadas ni testimonios de que se hayan perdido. En el caso de Bayón se puede explicar, probablemente, por el final de sus estudios sobre el arte español para dedicarse al arte colonial y contemporáneo latinoamericano. Sin embargo, el factor determinante de esta escasez epistolar, que durará hasta la muerte de Bayón en 1995, será la presencia en España de Ayala, cada vez más frecuente.

La correspondencia producida a partir de 1968 —una en 1982 (carta 48), escrita por Ayala y Nina, su hija; la que escribe Ayala en abril de 1990 (carta 49), la última de la serie conservada, así como la que envía José Guadalupe Victoria a Bayón y la que refiere Bayón sobre los comentarios laudatorios de Ayala a sus memorias en 1993, ambas ya mencionadas— se podría entender como piezas sueltas o separadas del conjunto de la correspondencia entre Ayala y Bayón, que, con sus lagunas, tiene continuidad.

Las cartas contienen evocaciones de ciudades, asuntos relacionados con los dilemas de la historia de España o juicios literarios, a veces duros y otras veces expresados con cautela, evitando ofender a los amigos pero, a la vez, dejando a salvo la dignidad del espíritu crítico que todo intelectual debe preservar. A veces irritados, otras cariñosos o apesadumbrados, mantuvieron un tono amable en sus cartas —no digamos en las despedidas—, con la huella de su amistad y respeto —en el caso de Bayón una admiración sin límite por Ayala— cada una de ellas, testimonio de sus coincidencias, muchas, y sus discrepancias, pocas. Bayón tuvo tendencia a

la carta larga, un folio bien aprovechado, mientras que en Ayala predomina la carta más breve, enviada generalmente por correo aéreo: abundan los papeles azules del servicio aéreo de correos estadounidense *USA Air Mail*.

Damián Bayón

CUANDO Francisco Ayala conoce a Damián Bayón (Buenos Aires, 1915 - París, 1995) en el velatorio de Pedro Henríquez Ureña, en 1946, Bayón tiene treinta y un años; había estudiado bachillerato en el Colegio Nacional de Buenos Aires y arquitectura en la Universidad Nacional, si bien no presentó el proyecto de licenciatura; le fascinaba la arquitectura pero no construir casas. En ese tiempo de bachiller, Bayón acudía al Colegio Libre de Estudios Superiores, donde cualquiera, por un módico precio, podía asistir a cuantos cursos quisiera, impartidos por especialistas, fundamentalmente, en literatura, historia y filosofía. En uno de esos cursos conoció a uno de sus primeros maestros, Pedro Henríquez Ureña, quien le animó a ir a su casa, donde coincidiría con la flor y nata de la cultura de Buenos Aires anterior a la guerra civil española, formando parte de la “sesión juvenil”; fue un tiempo en el que Bayón y sus amigos se consideraban poetas en ciernes, y en aquellos encuentros Jorge Luis Borges, poeta (todavía no había nacido el cuentista), era a quien más admiraban. En esas tertulias de la calle Ayacucho Bayón perdió el miedo, primero a Platón, y luego a Bergson, a Unamuno o a Ortega y Gasset. En la Universidad –Bayón comenzó sus estudios de arquitectura en 1935– asistió como oyente a clases de la Facultad de Filosofía y Letras y desarrolló su afición por la literatura, más concretamente por la poesía, y fundó una revista literaria, *Bitácora*, de corta andadura, pues salieron únicamente cuatro números.

A esta faceta literaria Bayón añadió, tras asistir en 1944 a unos cursos que impartía Jorge Romero Brest, la de crítico de arte e historiador. Bajo la dirección de Romero Brest, una nueva generación de historiadores y críticos de arte argentinos fundaron la revista *Ver y Estimar* (1948); Bayón fue su primer secretario de redacción y, tras su marcha a París, corresponsal en Europa. Bayón viajó por Europa entre 1948 y 1949 y, gracias a una beca del gobierno francés, se instaló en la capital francesa (1950-1953). Fueron años de estudio, en primer lugar en historia del arte y posteriormente en otras materias que se impartían en los cursos y seminarios en la Escuela del Louvre, el Instituto de Arte y Arqueología o en la Sorbona. Durante esta primera etapa parisina, en 1951 acudió al Congreso de Críticos de Arte que se celebraba en Ámsterdam y allí escuchó las intervenciones de dos hombres flacos, nerviosos, uno francés, Pierre Francastel, y el otro italiano, Giulio Carlo Argan. Su idea del arte cambió; se había encontrado con los dos pensadores del arte más estimulantes de entonces, de estilo nuevo, combativo y polémico. A raíz de este encuentro Bayón acudió en París a los seminarios de sociología del arte que Pierre Francastel dirigía en la Escuela Práctica de Altos Estudios, donde comenzó una relación de discípulo y maestro y una amistad personal que duraron hasta la muerte de Francastel.

Pero había que subsistir –la beca no daba para mucho–, y Bayón alternó los cursos y seminarios con clases que impartía en el prestigioso liceo Henry IV de París y diversos trabajos de traducción. A pesar de su voluntad de quedarse en París, problemas en la renovación de la beca le obligaron a volver a Argentina en 1953; fue un momento muy duro para él.

A finales de ese mismo año acudió a Nueva York, donde vivían sus amigos y compatriotas Carlos Jiménez y su mujer, Emilia –que luego serían también amigos de los Ayala–, y se

produjo el segundo encuentro entre Ayala y Bayón; este pretendía saltar a Puerto Rico y creía que Ayala podía ser la persona que lo hiciese posible. En ese momento el escritor granadino, en una de sus constantes salidas de la isla caribeña, estaba en la ONU, como supervisor de traducciones, y allí acudió Bayón para encontrarse con él. Ayala medió para que Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, le invitase a dar unas conferencias en el campus de Río Piedras.

Entre 1954 y 1958, Bayón fue profesor de Historia del Arte y de Apreciación del Arte. Alternó sus clases en Río Piedras con cursos de historia del arte en diferentes universidades argentinas (Buenos Aires, La Plata y El Litoral en Santa Fe de Rosario) y viajó por Europa gracias a las licencias que le otorgó la Universidad puertorriqueña. Inició su primer libro no literario, *Construcción de lo visual* (Puerto Rico, La Torre, 1965), que más que un tratado de estética o de crítica de arte, es un conjunto de ensayos pedagógicos de definición de conceptos artísticos y actitudes ante la obra de arte, un enfoque de la cultura artística desde su visión de las artes plásticas, de la obra de arte y de su interpretación como una verdadera construcción, planteamiento que continuó en su siguiente libro, *¿Qué es la crítica de arte?* (Buenos Aires, Columba, 1970). Si bien su primer libro publicado fueron las conferencias que en 1958 impartió en el Museo de Bellas Artes de Caracas, *Principales corrientes y artistas en la pintura del siglo XX* (1958).

En octubre de 1958, Bayón dejó Puerto Rico para establecerse en París: Francastel le consiguió un puesto de jefe de trabajos en la Escuela Práctica de Altos Estudios. En la capital francesa vivió un exilio voluntario, deseado, eso sí, con un trasfondo de amargura, pues, según escribe en el tercer tomo –inacabado– de sus memorias (*El tiempo sin relojes*), se sentía perteneciente “a una de esas generaciones que en un país en

guerra se llama una generación perdida”. Como en el caso de buena parte de sus compañeros de exilio, el peronismo tuvo mucho que ver en su marcha definitiva: Nueva York, París, Londres, Milán o Roma, fueron los destinos más frecuentes de la amplia nómina de escritores, artistas, filósofos... que abandonaron Argentina en los primeros años cincuenta.

Bayón retomó los seminarios de Francastel y acudió a cursos y seminarios de disciplinas muy diversas, propio de la propuesta francasteliana de apertura a nuevas disciplinas y métodos que ayuden a concebir planteamientos diferentes en el estudio y la interpretación del fenómeno artístico. Bayón se adscribió a la escuela de los *Annales*: asistía a cursos de psicología y arte con Merleau-Ponty; de pintura renacentista, con André Chastel; de antropología cultural y etnológica, con Claude Lévi-Strauss; de psicología evolutiva, con Jean Piaget, o de filosofía moral, con Vladimir Jankélévitch, entre otros. Además, prosiguió con su tesis sobre el mecenazgo de la arquitectura en la Castilla del siglo XVI, que le dirigió Francastel y defendió en la Sorbona en 1964. Dos años más tarde, en 1966, consiguió la nacionalidad francesa, conservando la argentina.

En 1967, Bayón ingresa en el Centre National de la Recherche Scientifique como *attaché de recherche*, para ocuparse de los estudios de arquitectura colonial latinoamericana, hasta que en 1970 deja la institución francesa para trasladarse a los Estados Unidos, tras la concesión de una beca de la Fundación Guggenheim que le permitirá abordar la redacción de su obra *Sociedad y arquitectura colonial sudamericana. Una polémica* (Barcelona, Gustavo Gili, 1974).

En 1970 comienza su colaboración con la Unesco, como editor del volumen de artes plásticas dentro del proyecto de la colección “América Latina en sus artes”, coordinada por

César Fernández Moreno; un año después es nombrado miembro del Comité de Consejeros Artísticos de la misma organización, con participación activa en diversas comisiones e importantes proyectos sobre el arte en América Latina.

Hasta su fallecimiento, el día 12 de febrero de 1995, Bayón impartió clases en distintos centros franceses y estadounidenses, además de dar numerosas conferencias y comisariar distintas exposiciones.

Bayón dejó una extensa obra escrita: más de veinte libros sobre historia y crítica de arte, seis obras literarias y centenares de artículos en revistas y prensa diaria de América y Europa. Sus primeros libros responden a su fascinación por la literatura: *Encuentros en un espejo* (1950), dedicado a Pedro Henríquez Ureña, poemario inspirado en los encuentros en la casa de este en la calle Ayacucho; *Viaje dentro del viaje* (1954), que podemos incluir en el género de la prosa poética, y otros tres libros de poesía: *Simulacro del tiempo* (1956), *Ser en sombra, 1952-1956* (1961) y *Diario poético* (1961). Una de sus últimas publicaciones también pertenece a la literatura, sus memorias: *Un príncipe en la azotea. Memorias intermitentes I* (1993), de las que el segundo volumen, *Ulises en segunda clase*, quedó inédito, y el tercero, *El tiempo sin relojes*, inacabado.

Como muchos de los escritores e intelectuales transterrados, Bayón también se dedicó a la traducción para obtener ingresos. Suyas son las traducciones de *Masters of Modern Art* de Alfred H. Barr jr. (1954), junto con Elva de Lóizaga; *Les voix du silence*, de André Malraux (1956); *Peinture et société*, de Pierre Francastel (1959), y algunos ensayos para la revista *La Torre*, publicación de la Universidad de Puerto Rico, como *L'arbre de la vie*, de E. M. Cioran (1964), o *Un vuelco en el arte del renacimiento. El techo de la Sixtina* (1964), de Galienne Francastel.

Tras su encuentro con Pierre Francastel, Bayón inicia su tesis, *La architecture en Castille au XVI^e siècle, commande et réalisations*, de 1967, dedicada a su maestro Francastel y editada en castellano bajo el título de *Mecenazgo y arquitectura en el dominio castellano (1475-1621)* (1991), y a la vez una serie de trabajos sobre la historia del arte español, entre los que destaca *El Greco o la estética del rayo* (1989), dedicado a Francisco Ayala.

A finales de los sesenta, Bayón abandonó los estudios de temática española, a la que pertenecen textos importantes sobre El Escorial, Gaudí o Pedro de Toledo como precursor del primer urbanismo moderno en Nápoles, entre otros, para centrarse en América Latina, tanto en el periodo colonial como el contemporáneo: *Arte de ruptura* (1973); *Aventura plástica de Hispanoamérica: pintura, cinetismo, artes de acción, 1940-1972* (1974), dedicado a Octavio Paz y considerado como el primer libro que aborda el arte latinoamericano en su conjunto como una unidad en la diversidad; *El artista latinoamericano y su identidad* (1977); con Murillo Marx y otros colaboradores, *Historia del arte colonial sudamericano: Sudamérica hispana y el Brasil* (1989); con Roberto Pontual, *La peinture de l'Amérique latine au XX^e siècle* (1990), y, en solitario, *Hacia Tamayo* (1994).

Ayala y Bayón

SU primer encuentro fue en Buenos Aires, en un velatorio: el 11 de mayo de 1946 muere repentinamente Pedro Henríquez Ureña. Ayala, que estaba invitado a cenar esa noche en su casa, escribe en sus memorias, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)* (Madrid, Alianza, 2006): “Pensaba yo que esa noche iría a su casa con ánimo de convite, y fui a velar su

cadáver. Muchos de sus jóvenes amigos se habían congregado alrededor. Allí conocí a Damián C. Bayón, que era amigo de sus hijas, y que lo sería mío en adelante” (página 329).

Bayón traslada este primer encuentro a Nueva York, durante el invierno de 1953, en *El tiempo sin relojes*. Después de regresar de su primera estancia europea, había viajado a Nueva York, de tránsito; allí se alojó en casa de sus amigos Carlos y Emilia Jiménez, y, mientras trabajaba en la traducción del libro de Alfred Barr, se fijó como próxima meta Puerto Rico. Su estrategia estaba trazada de antemano: Ayala sería la llave. Bayón recuerda un leve contacto previo con Ayala, apenas una simple presentación de Julio Cortázar, quien lo conocía por sus colaboraciones en la revista *Realidad*. Cortázar estaba traduciendo, con su mujer, Aurora Bernárdez, toda la obra en prosa de Edgar Allan Poe para la editorial de la Universidad de Puerto Rico, por encargo de su director, precisamente Francisco Ayala.

Ayala estaba en Nueva York tras solicitar una licencia en la Universidad de Puerto Rico para trabajar de supervisor de traducciones en la ONU; quería estar con su familia, ya que su hija Nina estudiaba Arquitectura e Historia del Arte en Columbia University. Un día Bayón acudió al edificio de las Naciones Unidas y allí habló con Ayala. Para Bayón fue el intermediario ideal; pronto le invitó a su casa y al poco tiempo llegó la noticia esperada: Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, le invitaba a dar una serie de conferencias en el recinto universitario de Río Piedras, a escasos kilómetros de la capital, San Juan. A partir de entonces, ambos, Ayala y Bayón, van a mantener una larga relación. Durante esta etapa neoyorquina, Bayón escribió numerosos poemas, uno de ellos dedicado a Ayala, con el título “Las palomas de Times Square” (*Sur*, número 227, Buenos Aires, 1954).

Cuando Bayón llegó a Puerto Rico fue recibido por un grupo de profesores argentinos y españoles, entre ellos Francisco Ayala, que repartía su tiempo entre Nueva York y la isla y fue el promotor del recibimiento. En Puerto Rico enseñaron ambos en la Universidad, en el recinto de Río Piedras, Ayala dirigió *de facto* –aunque figurase el rector Jaime Benítez– la Editorial Universitaria y creó la revista *La Torre* (1953), donde publicaría Bayón, de la mano de Ayala y otros profesores universitarios, muchos de ellos exiliados españoles, que seguirían la estela de Ayala en la revista. Ayala y Bayón compartieron una estancia intermitente en la isla: una convivencia –llena de idas y venidas por las licencias que disfrutaron ambos– que duró tres años, hasta que Ayala se trasladó a los Estados Unidos y se estableció en Nueva York en 1957. Bayón, en cambio, siguió un año más en la isla hasta que en el otoño de 1958 viajó a París para establecerse definitivamente.

Después vinieron la relación epistolar y los encuentros en distintas ciudades –París, Nueva York, y Madrid– que forjaron una amistad que para Bayón se sustentaba en su gran admiración por Ayala, quien para él fue su referente intelectual, junto con sus maestros Francastel y Henríquez Ureña. En una carta que Bayón escribe a su madre, Mercedes Arrufat, el 30 de enero de 1960, le comenta que estuvo en casa de Francastel y añade que debe de ser buena persona “... cuando hombres superiores como Henríquez Ureña, Ayala y Francastel me han distinguido con su cariño tiernísimo” (ADB, A106/01). Esta admiración duró toda su vida, como apreciamos en el tercero de los textos reproducidos al final de este libro cuando relata su encuentro en el invierno de 1953 en Naciones Unidas, y ya dibuja un retrato certero de Ayala: “De entrada cuando lo enfrenté le vi cierto parecido con William Faulkner, una mirada de aguilucho: fija, dura, que se ablanda con una sonrisa en la que siempre hay una permanente dosis de ironía.